

El dolor en la dialéctica de la memoria y el olvido

Leopoldo Rueda

(CieFi-FaHCE-IdIHCS-UNLP-CONICET)

1. Introducción

La dialéctica entre el olvido y la memoria es uno de los tópicos centrales que recorren la *A la Recherche* desde su génesis: la memoria involuntaria que surge del olvido restituye el mundo de la infancia con el cual inicia la novela. No obstante, en este trabajo indagaremos en cómo funcionan dichos conceptos en la modalidad del dolor y el sufrimiento.

La primera hipótesis que guía este trabajo es que en *Albertine ha desaparecido* memoria y olvido configuran en principio dos tipos distintos de dolor ante la pérdida del ser amado: primero el dolor del recuerdo, caracterizado por el mantra “se ha ido” que debe ser comunicado a los múltiples yoes que amaron a la persona y un segundo dolor, reflexivo sobre el primero, configurado por la certeza del olvido.

La segunda hipótesis que guía nuestro trabajo es que los dos tipos de dolor son posibles por la dinámica general que siguen el deseo y la creencia en la obra de Proust. Es el deseo es que nos hace aferrarnos a determinadas creencias sobre la persona amada, y cuando el primero desaparece, desaparece también la necesidad asociada a él. Así también, cuando el deseo desaparece, del dolor por la pérdida de la persona amada solo queda el dolor en sí mismo, un dolor más puro.

En esta mesa titulada *Fragmentos de un discurso proustiano* hemos elegido el siguiente fragmento para analizar

“Cuando -por la diferencia existente entre lo que la importancia de su persona y de sus acciones era para mi y para los demás- había comprendido que el mío no era tanto un amor a ella cuanto un amor a mi, habría podido deducir diversas consecuencias de ese carácter subjetivo de mi amor y que, al ser un estado mental, podía en particular sobrevivir mucho tiempo a la persona, pero también que, al no tener con dicha persona vínculo alguno verdadero, al carecer de soporte alguno fuera de sí, había de resultar un día, como todos los estados mentales, incluso los más duraderos, inservible, queda ‘substituido’, y que ese día todo lo que me parecía vincularme tan dulce e indisolublemente con el recuerdo de Albertine habría dejado de existir para mi” (Albertina ha desaparecido, Debolsillo, 2009 :150)

2. El papel epistemológico del dolor: otra vez Proust contra Descartes

La problemática del dolor es uno de esos temas que ha atravesado tanto a la filosofía como a la literatura. En su agudeza, el dolor aparece a los filósofos como un potente contra-argumento contra los intentos de reducción fisicalista, pero también contra el intento de mantener separadas dos sustancias. Sin olvidar por supuesto que ha servido contra los intentos de fundar el conocimiento en las sensaciones percibidas.

Sobre el final de las *Meditaciones Metafísicas*, Descartes se encuentra con el problema del dolor una vez que ha separado tajantemente dos sustancias (en sentido derivado). En el curso de la meditación, la posibilidad de un dolor físico sobre miembros inexistentes reaviva la sospecha escéptica sobre la información que ofrecen los sentidos corporales. Más aún, si el meditador se permitía dudar de la información sensorial del mundo externo, en tanto algo que de lejos parece redondo se revela como cuadrado de cerca, el dolor suma una nueva posibilidad de sospecha: las sospechas sobre las sensaciones internas pues “¿hay acaso algo más interno e íntimo que el dolor?” (Meditación VI)

En efecto, el dolor es una de esas cosas que, afirmadas en primera persona se muestran como incorregibles. Esto es, si digo “me duele” nadie puede decirme que estoy equivocado. Tomemos el conocido caso de un dolor sobre un miembro inexistente y supongamos que digo “me duele el brazo” ese mismo que me fue amputado. Alguien puede decirme con razón que es imposible que me duela ese brazo, es decir, que la *causa de mi dolor* radique en el brazo. No obstante, nadie puede engañarme acerca de mi sensación de dolor.

Descartes considera que no es posible fundar sobre el dolor ningún conocimiento, más que el de la íntima conexión entre el alma y el cuerpo, pero considerando lo anterior, bien podría haber dicho “me duele, entonces existo. Engañeme cuanto quiera el genio maligno, pero no puede engañarme de que mientras me duele, existo”.

A diferencia de Descartes, puede pensarse que en Proust el dolor juega un papel epistemológico relevante en tanto, en su juego de intermitencias, de nacimientos y muertes, desmiente la certeza de un yo aquiescente y revela el carácter arbitrario del establecimiento de cualquier creencia. En la novela ambas tesis están relacionadas, mejor, entretejidas por la ficción. Es por ello que propongo hacer un somero rastreo de algunos episodios dolorosos de la novela para ir mostrando lo que podríamos llamar “lecciones humeanas”.

3. Dolor en la memoria

La primera aparición de un dolor extremo que se narra es, por supuesto, la conocida escena del beso de la madre. La esencia del dolor se revela con la falta del algo, es decir, como

ausencia de algo. Pero no es cualquier tipo de ausencia, sino una *ausencia percibida*, la ausencia de un hábito: el beso que el niño Marcel recibe de su madre todas las noches. La experiencia es narrada en términos de una escisión de la propia corporeidad, como si al romperse una costumbre, se desmembrase con ella el cuerpo que la sustenta. “y tuve que marcharme sin viático, tuve que subir cada escalón llevando la contra a mi corazón, subiendo contra mi corazón, que quería volverse con mi madre, porque ésta no le había dado permiso para venirse conmigo, como se le daba todas las noches con el beso” (2004: 47).

Ya en este episodio, cuando el niño logra vencer la voluntad de sus padres, se revela una nueva modalidad del dolor, más profundo: un dolor surgido por la anticipación de una ausencia. Marcel advierte que esta era la primera de muchas abdicaciones de su madre, “[q]ue si yo había ganado una victoria, era a ella a quien se la gané, que había logrado, como pudieran haberlo hecho la enfermedad, las penas o los años, aflojar su voluntad y quebrantar su ánimo” (2004: 53). El héroe entra así en una “pubertad de la pena” que se corresponde con “la primer arruga y la primer cana” de su madre.

Si para Proust el hábito es la memoria cristalizada y el olvido es lo único que cabe esperar a futuro, a menos que se produzca el milagro de la memoria involuntaria, aparecen ya en este fragmento dos posibles tipos de dolor, el primero ligado a la memoria y el segundo ligado al olvido.

“Albertine se ha ido, Albertine se ha marchado” La frase se repite como un mantra que le da expresión verbal a un dolor nuevo, por entero desconocido. El yo que ama, sin embargo, no se da inmediatamente por enterado. Y eso se debe a que no hay un yo que ama, un Marcel, sino que el yo se descompone en una miríada de yoes habituados al ser amado. Para Proust podríamos incluso hablar del yo entendido como descripción definida de una serie de eventos habituales: Marcel-que-escucha-a-Albertine-por-las-mañanas, Marcel-que-sabe-que-Albertine-lo-espera-al-volver-a-casa, Marcel-que-la-escucha-al-tocar-el-piano, y así.

Cuando uno de ellos se da por enterado, sabe que tiene que morir entonces, Albertine se ha ido. Y peor, aún sin la comprensión plena de lo que acaba de suceder, cada uno de esos yoes debe dar la noticia a los demás. Es la contracara de cualquier evangelio, salir a anunciar la mala nueva sin avizorar aún los alcances del episodio. “No era sólo Albertine quien era una sucesión de momentos: también lo era yo (...) Yo no era un sólo hombre, sino el desfile de un ejército compuesto en el que, según los momentos, había apasionados, indiferentes, celosos...Y ninguno de estos últimos lo estaba de la misma mujer.” (2009: 60) El dolor estriba en que debemos ser nosotros mismos, en absoluta soledad, quienes tenemos que

ejecutar el aniquilamiento de cada yo ligado al ser amado. Pero antes de ejecutarlo, se lo tenemos que anunciar: Albertine se ha ido, Albertine se ha marchado.

Se trata nuevamente de un dolor que aparece ante una ausencia percibida, un hábito que ya no tiene razón de ser. Pero aún así es un dolor intencional, un dolor que tiene su ligazón, sino con el otro, al menos con su fantasma.

4. Dolor en el olvido

En estas características del dolor encuentra Proust la posibilidad de la curación. Pues, si el sufrimiento (y el amor) no se fundan más que en hábitos, y si el sujeto no es un yo total, sino una miríada de sujetos “seguramente a eso se debería un día la curación que yo no desearía. En una multitud se pueden substituir, sin que se note, los elementos, por unos, por otros” y así aparece una nueva expresión del dolor, vinculada con la certeza del olvido.

Si antes se trataba de un dolor fundado en la percepción de la ausencia del ser amado, ahora se trata de un dolor fundado en la percepción de la ausencia de su recuerdo en futuro próximo. Me duele hoy porque sé que mañana te olvidaré. Así como el narrador sabe por su experiencia que ha olvidado a Gilberte, y que en un tiempo dejó de amarla, sabe que olvidará también a Albertine, cosa que al doliente le parece imposible.

Es que por su misma incorregibilidad el dolor de la memoria genera la ilusión de un yo concreto, le da su encarnadura. Y de alguna manera, como decía James, en cuestiones de creencias somos todos profundamente conservadores, porque ellas constituyen, en última instancia, todo lo que somos.

Así, el olvido da cuenta de que nuestras creencias no están ligadas a la persona amada, revela su fantasmagoría, y con ella, la fantasmagoría de nuestra propia identidad: “ese día todo lo que me parecía vincularme tan dulce e indisolublemente con el recuerdo de Albertine habría dejado de existir para mí”.

Es que para Proust es el deseo el que engendra la creencia y desaparecido el primero desaparece la necesidad del segundo. Es el deseo hacia el fantasma de Albertine lo que engendra la creencia en el amor a ella. Y el deseo está sujeto al paso del tiempo, al tiempo nihilizador. Toda destrucción conlleva dolor, pero un dolor que ya no depende de otros, sino un dolor en el que vamos destruyendo nuestra propia subjetividad para reconstruirla con deseos y creencias nuevas, es decir “la persona nueva que soportaría fácilmente vivir sin Albertine” (2009: 191)

El dolor otorga una certeza de yo, pero una certeza momentánea, una certeza que no da lugar a ninguna “cosa”, sino que por el contrario, revela al yo como un haz de percepciones. Se

trata así de un dolor que manifiesta lo fragmentario del yo, el poder nihilizador del tiempo, es decir, un dolor en el olvido.

5. Bibliografía

Descartes, René (1980). *Obras Escogidas*. Buenos Aires: Charcas.

Proust, Marcel (2004). *En busca del tiempo perdido. Por el camino de Swann*. Traducción de Pedro Salinas. Barcelona: Aguilar.

Proust, Marcel (2009). *En busca del tiempo perdido. Albertine ha desaparecido*. Traducción de Carlos Manzano. Buenos Aires: Alianza.